

Para «La Cruz del Sur».

¡Oh, qué dicha inefable la de ver en su mayor pureza la realización de los más grandes anhelos humanos! Eso era como si se nos pusiera miel en los ojos!

En una de las ochavas del «Bon Marché», en un espacio circular bastante grande, podían verse, desde la calle, unas seis parejas de tamaño natural bailando el charleston, mientras los músicos, en terceto, (piano, violín y flauta) las hacían bailar fraternalmente, no sin llevar a compás sus cabezas sonrientes, de una pulcritud supina. Era de recomendarse la gracia y distinción de los movimientos de los bailarines, señoras y caballeros, que guardaban sus respectivas distancias con todo rigor y cortesía, al mismo tiempo que se miraban dulcemente, evitando la demostración de sus respectivas pasiones, no digo ya la de sus respectivos apetitos. Había una paz, una mesura, una discreción tales, que podría ahí sí decirse plasmado el ser humano: el superhombre.

No puede negarse que también en este mundo hay manifestaciones angelicales, para el que las sepa apreciar, con una conciencia diáfana como el cristal.

Pasará mucho tiempo antes de que yo pueda olvidar este espectáculo. El que tocaba el violín, y el propio músico de la flauta, hacían unas cadencias tan a tiempo, y tan suaves, tan amenas, a la vez que honestas, con ojos llenos de expresión, pero de una expresión superior, elevadamente superior, que parecía ver querubines. Toda la grandiosidad del idealismo más exigente estaba ahí de cuerpo entero, sobre todo cuando se consideran del punto de vista de la verdadera pureza. Es cierto que el que tocaba el piano, obligado como estaba a llevar el compás de sentado,—era el único personaje sentado,—hacía movimientos más vulgares, y hasta cierto punto pecaminosos, si bien en la mirada se desquitaba del pecado de disolución, diremos, para estar con los tiempos.

Deseoso como estaba yo de henchirme de una impresión así, tan edificante, tenía cierto escrúpulo en desviar la mirada hacia la vereda, donde se agitaba la curiosidad callejera. Me parecía que había de contaminar mi espíritu el observar a los hombres, y a las mujeres particularmente, después de haber bañado mis ojos en un manantial de suma inocencia, según era aquel. Miré, sin embargo, pues a mi lado había un casal de novios que atraía, con sus risas de incredulidad casi compasiva. Miré a ambos novios con cierto detenimiento, y acudí de inmediato a mi memoria un recuerdo ya bastante añoso.

Llegó a mi ciudad natal, hará cerca de cuarenta años, un número de casino que dió mucho que hablar. Se trataba de un joven, del cual se dudaba si era autómatas, o si no lo era. Aparecía en una caja,—claro, de tamaño natural el sujeto,—lo sacaban de ella no sin ciertas dificultades, lo que inclinaba a pensar que era lo primero, y ya entonces se movía por sí mismo, chirriando un poco,

como si tuviese goznes de alambre en vez de músculos y tendones en las piernas. Se balanceaba al caminar, y a ratos temblaba como si fuese a perder su equilibrio, y a tumbarse. Sus ojos, fijos, además; la reciedad de sus reiterados saludos, que parecían dirigidos a los muros de papel del escenario; y su mudez, todo contribuía a hacer creer que era un autómatas, y bien que bajase por un trampolín y recorriese la platea, quedaba la duda, y hacía que un bando del público,—y en la propia población, donde dió mucho que hablar, ocurría lo propio,—dijese que era autómatas, en tanto que el otro bando, más escéptico, sostenía que era hombre de carne y hueso. Yo tuve la suerte de poderlo ver de cerca, y pude darle cuenta de que se trataba de un ser humano cualquiera. Caí en la cuenta, porque observé que en el pescuezo llevaba vellos finos, como un miserable mortal, mientras que si hubiese sido autómatas, no ofrecería este detalle, que, con otros, denotan la sabiduría y la perfección del Creador. Este, en su sabiduría, ha querido someter a la prueba del amor a la Gloria Eterna a sus criaturas, en tanto que el fabricante de autómatas no tiene para qué hacer tales pruebas, seguro como está de la calidad impecable de sus productos. Claro que si uno extrema las cosas, podría decir que esto, de los vellos, es una manifestación del soberano humorismo divino, cosa que no debe sin irreverencia arrostrarse, bien que el humorismo sea considerado por los mortales como una manifestación inocente, y aun estimable, por ser mucho más entretenido que un responso, pongamos.

Al comparar la escena de la vidriera con la de la vereda, se advertía de inmediato que si aquel ambiente era sano e incontaminado, el otro, en vez, comenzaba por los inconvenientes de la respiración, la que desprende ácido carbónico, y otros gases; y esto sin contar con la arbitrariedad de los movimientos, los que tienden a veces a acortar distancias, según la frase que también emplean con fruición de otro género los maestros de esgrima. No digamos nada de las parejas que llegan hasta a besarse en la calle; en la propia calle!

Junto a mí, habían dos chicas, bastantes monas, las que, al decirse sus secretes, mostraban el pescuezo: el uno blanquísimo y el otro moreno, de líneas impecables, pero con vellos; Qué lástima!

Si comparamos aquel baile perfecto con el que puede verse en un dancing o con los propios que se realizan en la calle el día de Juana de Arco, o el 14 de Julio, salta a la vista la diferencia: en el del «Bon Marché» es el baile ideal, mientras que en los otros siempre hay algo que desear. En las propias miradas, no digo ya en los movimientos, se advierte, de inmediato, casi un abismo entre ambos. Supongamos, por ejemplo, que lo que vemos en un dancing o en la calle, pudiésemos verlo en la vidriera: sería el caso más escandaloso, y daría que hablar a la prensa y a todos los mora-

listas, en tanto que si lo que vemos en la vidriera pudiese verse en la calle o en dancing, los moralistas estarían bien satisfechos; debemos creerlo así.

Recuerdo que un pastor protestante, que miraba la vidriera, se hallaba punto menos que extático, embelesado, como si se hallase en la misma gloria.

Cierto que dos curas italianos de campaña, incapaces de comprender el encanto de la escena que se desarrollaba en la vidriera, apenas miraron, sacaron las petacas de rapé, y tocándose el codo como si se dijera: «estas son cosas para niños», siguieron viaje; y yo mismo, que me hallo más al margen del cielo que cualquiera de ellos, si bien comprendía el encanto de aquella escena llena de

santidad, sentía atraídas mis miradas por las chicas de la calle, y me parecía a veces sentir las llamas del infierno dentro de mí... Por dónde comparar uno y otro espectáculo!

Declaro ingenuamente que si no fuese por acto de atención a la dignidad de la especie, sería capaz de hacerme partidario del automatismo; pero, siento que mis deberes me imponen, por solidaridad, tomar el partido de los hombres y hasta el de las mujeres, por más que sean de carne y hueso.

PEDRO FIGARI.

Paris, 18 de Julio de 1927.

NUEVOS LIBROS DE NUESTRA EDITORIAL

Podemos enorgullecernos de nuestra «Editorial», esfuerzo solidario y desinteresado que no tiene parangón alguno en nuestro país. Hasta ahora nuestros escritores han estado completamente aislados, para la publicación y propoganda de sus libros, aislados en un ambiente casi siempre hostil, aislados por una prensa amenudo incompetente o indiferente, aislados por editores poco escrupulosos o sin iniciativa y sin actividad, aislados por pequeñas y mortales rencillas como comadres de conventillo. Nuestra Editorial surgió de la idea del apoyo mútuo, de la necesidad de una empresa colectiva, del espíritu de solidaridad, de la conveniencia de unirse para defenderse de tanto enemigo. Poco a poco libros inéditos de nuestros más prestigiosos escritores fueron aumentando la lista que inició Carlos Salvagno Campos, con su celebrada comedia dramática «La Salamandra», que obtuvo el Premio Nacional Teatro de 1926. A ese libro siguieron otros en verso y en prosa de María Elena Muñoz, Idefonso Pereda Valdés, Gervasio Guillot Muñoz, Francisco Espínola, Alfredo Mario Ferreiro y Enrique Bustamante y Ballivian.

Tres nuevos libros de la «Editorial la Cruz del Sur» acaban de aparecer y están ya a la venta en nuestras librerías. Son ellos «Interpretaciones esquemáticas sobre la historia de la conquista y la colonización españoles en América» del Dr. Eugenio Petit Muñoz; «Don Juan derrotado», comedia del del Dr. Carlos Salvagno Campos y «La Cruz del Sur», críticas de Juan M. Filartigas. El primer libro, que su autor califica modestamente de «esquema panorámico de la conquista y colonización españolas en América que servirá como núcleo inicial para continuarla con otros estudios sobre algunos de sus aspectos particulares que se irán agregando sucesivamente sin seguir un orden riguroso ni proponerse de antemano un término definitivo», es una obra de investigación e interpretación histórica meritísima que supone vastos conocimientos en la materia al par que un agudo y amplio criterio para encarar y juzgar los acontecimientos de nuestro pasado colonial. Poco a poco, debido al esfuerzo tesonero de algunos historiadores de nuevo cuño,—no compiladores cronológicos, ni deformadores concientes de la verdad al servicio de una causa determi-

nada,—se va haciendo luz sobre aquella época que a medida que va siendo más lejana va siendo también más conocida. Son muy pocos, tan pocos que se pueden contar con los dedos de una mano, y estos aún sobran, los que entre nosotros se dedican a estudios históricos. Entre ellos y en primera fila se coloca con este libro nuestro estimado compañero, patentizando con él su grande y profunda cultura y su estilo limpio y agradable que lo convierte en una verdadera obra de arte.

«Don Juan derrotado» comedia dramática en la que se cuentan las desventuras de «Don Juan» el mito eterno del amor periférico y sensual, conquistado definitivamente para el amor profundo y para la vida, fué estrenada con gran éxito hace pocos meses en el teatro 18 de julio, habiendo merecido elogios unánimes de la prensa. El viejo burlador revive una vez más pero para ser burlado, no a la manera dolorosa y humillante en que lo presenta Bataille en «L'Homme a la rose», sino vencido por una mujer amante y buena que lo enamora. Esta obra, cuidadosamente escrita y llena de conceptos elevados constituye un nuevo triunfo en la brillante carrera literaria de Salvagno Campos.

En «La Cruz del Sur», Juan M. Filartigas dá sus impresiones sobre tres poetas y un pintor nacidos en el Uruguay. Julio Supervielle, Lautreamont, Jules Laforge y Pedro Figari. Con esas cuatro estrellas de primera magnitud Filartigas ha formado una constelación nueva, superior a la celeste que solo tiene dos estrellas de aquella potencia. Este libro, escrito en el estilo característico del autor que ya ha impuesto su personalidad original en nuestro ambiente, lleno de sagaces observaciones y de audaces imágenes dará origen, fuera de toda duda, a apasionadas discusiones, provocadas por los enemigos de las nuevas tendencias literarias de las que es Filartigas un amoroso y meritísimo cultor.

También aparece en estos días una nueva obra de nuestro director, Sr. Alberto Lasplacas. Trátase este vez de un libro de cuentos titulado «El hombre que tuvo una idea». Figuran en él, además del cuento que dá título al libro, los siguientes: «Luisa», «El automóvil», «Novia de pueblo», «Los microbios», «El entierro», «El hijo del agitador», y «La bailarina y el coronel».